

SUSCRIPCIONES

	Ptas.
Valdepeñas, trimestre.	1,00
Provincias, semestre	2,50

ANUNCIOS: precios convencionales

20 ejemplares 75 cént.

La correspondencia administrativa debe dirigirse al Administrador de *Juventud*, Virgen, 39.

No se devuelven originales.



JUVENTUD

Periódico Literario y de intereses generales

Fundado por Manuel Luna y Alfonso Madrid

SE PUBLICA LOS JUEVES

LA CRITICA

La crítica es un derecho, innegable y reconocido, que tiene todo hombre para analizar los actos de los demás.

El derecho á la crítica y, como consecuencia, á la censura ó al aplauso, es un derecho indiscutible que todos y cada uno de los ciudadanos tenemos en los pueblos libres para enaltecer y glorificar los actos, si son buenos, ó censurarlos, si son malos, de los que nos gobiernan y dirigen.

Querer los gobernantes que los gobernados digamos *amen* á todo, que aplaudamos como unos pobres, inconscientes y asalariados alabarderos, todo cuanto hacen y dicen, es el colmo de la estupidez y de la soberbia humanas. Querer, cuando se llega á las alturas, —hoy más, mucho más por circunstancias fortuitas que por méritos propios— que no se nos discuta y analice, que todos nuestros actos lleven impreso el sello de la más delicada corrección é impecabilidad, es pretender que [se nos declare infalibles y omniscientes como á la Divinidad.

Y de esto, una vez admitido, á exigir que los demás mortales inclinen la frente y doblen humildemente la rodilla, tributándonos actos de sumisión y reverencia, sólo hay un paso.

Para eso es preciso llamarse Allah, Gehová, Dios, y que los demás nos llamemos don *Nadie*.

A tal grado hemos llegado, de envilecimiento y postración, en esta nación sin ventura, de tal modo confundimos ya derechos con deberes, que todos y cada uno nos ereemos unos pontífices máximos, con facultad absoluta y omnímoda para definir *ex cathedra* cuanto se antoje y sea de nuestro agrado y gusto. Y aunque, eso sí, nos llamemos liberales, muy liberales, demócratas, muy demócratas, lanzamos el *anathema sit* sobre todo el que no crea y confiese y aplauda..... hasta los disparates y despropósitos nuestros.

Hoy se razona así. Yo—dice uno—soy alcalde. Pues indiscutible é inviolable. Yo—dice otro—soy sacristán, alguacil. Pues también su persona es sagrada. Yo—dice el de acá—soy hombre público. No debo, aunque sea un bandido, explicaciones á nadie. Yo—dice el de más allá—soy diputado. Pues nada debo á los que me han elegido. Y así en todo lo demás, y por este mismo orden, se discute en España. Así tenemos el pelo.

Por este modo, originalísimo de discurrir nuestro, típica y netamente español, llegará día que á los que nos quiten lo nuestro, ó nos hagan

un desaguisado, con el sombrero en la mano, humildemente, les daremos las más cumplidas gracias.

Desde hoy, según estas teorías (sic) se declaran indiscutibles y sagrados todos los que ejercen cargos públicos. Son, además, infalibles é impecables. A ellos, como á Dios, se le debe adoración profunda. ¡Válganos Dios y cuánto dislate! Cuánto despropósito ¡Cómo se pierde la cabeza!

Desde hoy—dirá un alcalde al pueblo que lo discuta—yo soy el *ugido*, el predilecto de Dios. Arrodiillate ante mí.

Y algún concejal, émulo de sus glorias y grandezas, añadirá: «Yo no debo nada al pueblo que me eligió... ¡sino un salvazo de desprecio. Y casi, casi tendrían razón. El pueblo y los que no somos *hombres públicos*, *hombres de pro*, somos unos imbéciles, realmente unos imbéciles.

La crítica, hoy por hoy, se ha de hacer sobre los curas... también para elogiarlos, aunque lean muy mal el latín. Pero si entienden el castellano y saben mucha gramática, entonces... ¡guarda, que es podenco! ¿Sobre quién entonces ejercer la crítica? En la Iglesia sobre los sacristanes; en los ayuntamientos, sobre los alguaciles; en los ministerios, sobre los porteros. ¡Qué bien! Qué idilio!

Pero si un gobernante claudica, y un cura apostata, y un alcalde se alza guapamente con el dinero de los demás ¿qué hacer? Callar, enmudecer. Lo manda el señor, puesto que no tenemos derecho á nada.

Si alguien dice y enseña otra cosa al pueblo, ese es un adulator y se le desprecia. Si no se le acusa de anarquista y á la cárcel.

Y para que nadie discuta ¡qué barbaridad y qué horror! los actos de nuestros hombres públicos, como se ha creado la ley de jurisdicciones para castigar y penar los delitos contra la patria y el ejército, se creará otra ley especial, con sanción terrible y fiera. draconiana en nuestro Código, para todo el español, moro ó cristiano, que se permita y tenga el mal gusto de discutir y criticar á cualquiera de nuestros gobernantes, que son nuestros Dioses inmortales.

Yo, en cambio, crearía, ó mejor dicho resucitaría, la sabia ley de Solon—seguro que no la saben Sus Excelencias—aquella por la que se castigaba con penas severísimas á todos los ciudadanos que, ante las luchas de la república, permanecían indiferentes.

Veríamos con gusto entonces quiénes eran los criticados y quienes los condenados á perpetuo silencio y ostracismo ¡Cómo se cambiarían los papeles! Cuánta cabeza entraría en razón y en justicia! Y en España

más, donde, á la hora de ahora, no hay ningún Arístides.

SANTIAGO S. CARRASCO.

VERSOS DE PRIMAVERA

Recuerda á Alfonso Madrid

I

Una mano, blanca mano gentil, riega una maceta de claveles: las ventanas están á la tarde abiertas.

Celina ha tenido un sueño y á Chinita se lo cuenta que, escuchándolo, sonrío su carita triste y fea.

Es tarde romería, tarde de amor en la aldea: ¿qué muchacha no tendrá quien hoy le endulce las penas? Las novias aldeanitas tienen el alma de fiesta. Suenen los cantares... pasen los mozos ante las rejas... suene la música... vayan todos, todos por la senda camino de la alegría, caminito de la feria.

Y Celia en casa: novia sin amor, alma sin fiesta. Celina tenía un novio, lo mató su mala estrella y ahora Celina está sola llena de frío y de pena. Y la pobre inconsolable y la Chinita consuela porque es pobre y triste, porque no tiene á nadie y es fea!

Ventanas llenas de flores, dulces ventanas abiertas que tenéis rostros alegres en esta tarde de fiesta. Sendas de la romería... si por vosotras se fuera la alegría, y por vosotras al anochecer volviera!

Pero se va la alegría y allá en los campos se queda, y vuelven tristes las almas caminito de la feria!

Celina con su relato ha endulzado la tristeza de Chinita, que sonrío de cariño y de inocencia.

La tarde de Mayo ya deshace su luz de seda y ya se ven en el cielo azul, algunas estrellas. —Míralas, míralas... —dice, junto á la ventana abierta, Celina á Chinita. —Míralas... Y mirándolas, se quedan calladas y tristes. Luego, la pobre Celina piensa: —En una de ellas, tal vez, está él! —Y el alma ingenua de Chinita, dice: —Yo quisiera irme á una de ellas! ¡Qué tristes los pensamientos que van hacia las estrellas!

II

—¿Por qué llora usted, Mercedes? A esa carita de nardo le sientan muy bien las risas siéndole divino el llanto.

—¿Por qué llora usted, Mercedes? —Mi pobre amiga ha callado y las lágrimas se enjuga con su pañolito blanco.

Y mira á la puerta abierta del jardín, de vez en cuando, con una pena muy dulce en sus ojos azulados.

Y después de unos momentos tristes, de esperar en vano, me dice: —¿Ve usted? no vuelve... y sabe que estoy llorando!

III

Las vírgenes locas, que dejaron apagar sus lámparas antes de la llegada del esposo, de que habla un evangelio.

...Y su cuerpo languidece...

Su cabeza se reclina en la mano marfilina... Su mirada se adormece.

Sueña en vano, sueña en vano; el viajero está lejano, el viajero que ella espera, el viajero que en la mano trae un don de primavera!

Para ella, si algún día llega al fin, vendrá vestido sin su veste de alegría: traerá el rostro ensombrecido de hastío y melancolía,

Y la pobre enamorada fija loca la mirada que el deseo resucita: y de nuevo languidece y el espasmo palidece en su carne de Afrodita.

En la mano marfilina melancólica reclina la cabeza soñadora: y adormida en el deseo á través de la cortina de la alcoba pecadora, ve llegar el fantaseo sonrosado de la aurora!

Y así un día y otro día, deshojando su alegría, evocando siempre en vano al viajero que ella espera, al viajero que en la mano trae un don de primavera!

J. ORTÍZ DE PINEDO.

¡Pobre Mary!

(CUENTO)

I

¡Qué hermosa era!... Sus preciosos y rizados cabellos rubios, sus dulces labios de corales y sus celestiales ojos daban á su sonrosada tez el aspecto de una Diosa.

Su esbelto talle y su andar gracioso y elegante atraían las miradas de todos.

¡Qué hermosa era!...

¡Cuánto la quería! ¡Qué horas más felices pasó á su lado hablando de nuestro cariño inmenso y jurándonos amor eterno, amor sin límites, amor que solamente la muerte podría romper!

Yo, la amaba con delirio, como jamás pudo soñar la humana fantasía, hubiera dado mi vida por ella; por ella, la expuse gustoso en cien ocasiones; por ella había llevado más de